

EL MÁRTIR DEL GÓLGOTA.

ROMANCE RELIGIOSO,

premiado con una mención honorífica en el certámen poético celebrado por la redacción de LA ILUSTRACION POPULAR ECONOMICA en Febrero de 1871.

.....Virum dolorum et
scientem infirmitatem.

Isaias c. 53, v. 3.

En la descarnada cima
que el Gólgota yergue fiero,
fantásticos se destacan
tres espantosos maderos,
tres cruces; y un gran gentío
que alborotado y revuelto
allí pulula, contempla
con avidez la de enmedio,
en la que vá desangrándose
un hombre herido en estremo.
Es Cristo; el Dios encarnado,

Aquel que estremece el cielo
con el rumor de sus huellas,
con el eco de su acento;
Aquel que lanzó al espacio
tantos mundos y luceros;
Aquel que viste de auroras,
y es de la vida el venero,
está en la pelada cima
enclavado á un tosco leño,
desnudo, espuesto, ¡oh vergüen-
al ojo carnal del pueblo, (za!
con el dolor en el alma,
pálido, trémulo, yerto;
hecho una llaga espantosa
desde la planta al cabello,
y para colmo de afrenta
entre dos bandidos puesto.

De pié en una dura peña
con pechos mas que ella secos,
los príncipes, los ancianos,

escribas y fariseos,
mirando están á su víctima
con insultante desprecio,
agitando la cabeza
con mofa amarga diciendo:
—«Salud, ínclito monarca;
«salud, sábio Nazareno;
«Tú, que un dia nos digiste
«que arruinarías el templo,
«y en el plazo de tres dias
«alzaríaslo soberbio,
«¿cómo, dínos, poder tanto
«entre tus manos teniendo,
«no puedes salvarte ahora
«de ese terrible tormento?
«Si eres Hijo de Dios vivo,
«desciende de ese madero;
«desciende, Rey poderoso,
«desciende, pues, Nazareno.»

La chusma, tambien á Cristo
alza su grito blasfemo:
—«¡¡ Sálvate!!» ronca prorúmpe;
«¡ Sálvate, Cristo, y creeremos!»
—«¡ Sálvate y sálvanos» dicele
Gestas el ladron protervo.
—«Perdónadme, Señor, clama
«Dimas, el contrito reo;»
y Cristo, «Hoy, le contesta,
«conmigo vendrás al cielo.»

Y sigue la turba ahullando
con sanguinario despecho,
y los soldados la túnica



de Cristo juegan no lejos;
 y en torno de la cruz saltan,
 haciendo impúdicos gestos,
 aquellós sayones viles,
 sin rubor, ni sentimientos;
 y allá en las grietas del monte
 quegidos exhala el viento.
 Y el santo, el sublime mártir,
 el inocente cordero,
 á la turba que se arrastra
 bajo sus plantas rugiendo,
 al oír que audaz vomita
 blasfemias y vituperios,
 lanzó una mirada lánguida
 henchida de amor inmenso,
 y alzando despues la frente
 desgarrada al firmamento,
 clamó con voz conmovida
 estremeciendo los cielos:
 —«Perdónalos, Padre mio,
 «pues no conocen su esceso;
 «perdónalos, sí, perdónalos;
 «Yo perdonándolos muero »
 Y esa súplica sublime,
 que entraña un amor inmenso,
 acogida es con rechiflas
 por aquel nefando pueblo,
 que hoy ¡justo castigo! purga
 la embriaguez de aquel momento.
 De pronto la turba espesa
 rompe con afán inmenso,
 una muger á quien siguen
 dos muy tristes y un manco.
 María es ella, y le forman
 María Cleofas su séquito,
 la pecadora de Mágdalo
 y el apóstol predilecto.
 Clavó la afligida Madre,
 llena de angustia y desvelo,
 su turbia encendida vista,
 en el horrible madero,
 y pendiente de él vió á su Hijo,
 descolorido, cubierto
 de polvo, sangre y salivas,
 de baldones y tormentos.
 Convulsa quedó la Madre,
 henchido de hiel el pecho,
 los ojos secos de lágrimas,
 y el corazón de consuelo.

Y apenas volver pudiera
 de aquel estupor horrendo,
 corrió á la cruz desolada,
 asióse de ella en su duelo,
 y no exhaló en tal martirio
 ni un suspiro, ni un acento.
 ¡Pobre Madre! en su alba frente,
 que ha nublado el dolor fiero,
 siente caer gota á gota
 como martillos de hierro,
 la sangre, la tibia sangre
 que derrama su Hijo tierno.

La luz del sol palidece
 lanzando tristes destellos;
 hoscas tinieblas avanzan
 del espacio por el hueco;
 cruzan errantes las aves
 lanzando ahullidos siniestros;
 rujén lúgubres las fieras
 en sus cavernosos centros;
 el viento pasa zumbando
 con ronco y fúnebre estruendo;
 el pueblo, pasmado, calla
 viendo aquel triste suceso,
 volviendo en torno la vista
 lleno de cobarde miedo
 y... envuelto aquel lugar queda
 en pavoroso silencio.
 Y el Gólgota, el negro Gólgota,
 alzando rugientes ecos,
 parece sombra gigante
 que al orbe lanza su reto;
 y... no es nada mas entonces
 que un grande y terrible féretro.

De repente brotar se oye
 un bronco y robusto acento
 que maldicion parecia
 abortada por un réprobo;
 voz infame que gritaba:
 —«Dime, profeta soberbio,
 «¿de qué te valió tu orgullo
 «si hoy ante mí te contemplo
 «escarnecido, infamado,
 «objeto de mi desprecio?
 «¿cómo desde esa eminencia
 «no predicas, Nazareno?
 «Impostor, profeta falso,
 «hipócrita vil, embustero,
 «aun el verte aquí en la cruz

«acribillado y sangriento,
«mi rabia inmensa no acalla.»
—«¡¡¡Calla!!!» gimieron los ecos
del monte, aterrorizados
de tan ruines improperios;
«¡calla!» bramó la tormenta;
y también en sus adentros
alguien murmuraba «¡calla!»
despavorido de miedo.

El Mártir baja la vista
para mirar al blasfemo,
y vé ¡oh dolor! á su Madre,
que al pié del terrible leño,
temblando, pálida y fría,
la voz ahogada en el cuello,
clavada la ávida vista
tiene en su rasgado cuerpo.
Miráronse los dos ¡tristes!
de ingrato dolor suspensos.
El vió aquella faz graciosa
ajada por el desvelo;
y Ella vió aquel rostro noble
amorado y sangriento.
Ella, con triste sonrisa,
que espresa amor y tormento,
loca de dolor se arroba
contemplando á su Hijo tierno.
Y El, con amargo martirio,
hasta á lo infinito acerbo,
contempla con vista débil
de su Madre el dolor recio;
y Juan aterrado gime
fija la vista en el suelo,
y las otras dos mugeres
exhalan hondos lamentos.

Entonces, Cristo, pensando
en la soledad y el duelo
en que iba á quedar su Madre
al dar él su último aliento,
despegó el rasgado lábio,
de sangre cuajada lleno,
y con voz que el llanto ahoga
dijo: «Muger, ahí te dejo
«en Juan á tu hijo. Y tú, Juan,
«esta es tu madre.» Rompieron
todos en amargo llanto
al oír aquel acento
doliente y agonizante;
y con el terrible esfuerzo

que le dá la ardiente fiebre
se ase María del leño,
y á él parece pegada
la imágen del sufrimiento.

Y en tanto siguen las águilas
cruzando en perdido vuelo,
bramando horribles las fieras
por los trillados senderos,
rugiendo con furia ronca
el huracan y los truenos,
y la turba susurrando
con son apagado y lento.
Al través de pardas nubes
brillan pálidos luceros;
son las fúnebres antorchas
de aquel ataud inmenso.
Levantán los bravos mares
mugidos de su hondo seno,
y el orbe todo presagia
horrores los mas funestos.
Y Jesus yerto y herido,
agonizante y sintiendo
zumar á sus pies la cólera
exasperada de un pueblo
y rodar sobre su frente
con cruje horrible los truenos,
contemplando encapotado
con torvas sombras el cielo,
levanta la rota frente
al fúnebre firmamento
clamando: «¿Por qué, Dios mio,
«en tan ingrato momento
«desamparado me dejas
«sin mirar lo que padezco?»

A cuyo doliente grito
volvió á romper el silencio
que antes medroso guardara
aquel asqueroso pueblo,
lanzando insultantes pullas
y repugnantes dieterios
al que en su cruda agonía
ni alivio alcanzó del cielo.

Y el orbe siguió enlutándose,
y María padeciendo,
y destacándose el Gólgota
como descarnado espectro.

De pronto agitóse Cristo,



su cruz gruesa estremeciendo,
 con voz penosa clamando
 ardiendo en fiebre:—«¡Sed ten-
 A la ruidosa chacota (go!!!)»
 volvió la chusma de nuevo,
 y adelantóse un verdugo
 hácia Cristo, y sonriendo
 le gritó: «¡Bebe, profeta!»
 poniendo en sus lábios secos,
 que la fiebre ha marchitado
 y ensangrentado el tormento,
 esponja empapada en hieles
 amargas como su pecho.
 Anheloso acercó el lábio
 Jesus al brebaje acedo,
 y apenas lo gusta aparta
 con brusco sacudimiento
 la ardiente marchita boca
 que exhala un débil lamento.

Y rió la ingrata turba
 al ver su martirio fiero
 la crueldad de aquel verdugo
 con ronca furia aplaudiendo;
 gimió la afligida Madre
 con gemido de tormento,
 y las auras del Calvario
 lanzaron gritos siniestros
 al ver que de sed moria
 aquel que hinchó el mar inmenso.
 Entonces exclamó el Mártir:
 —«¡Cumplióse todo con esto!»
 Y el *Salvador*, rebotando
 de dolor el mas violento,
 rotó el corazon á trozos,
 exhaló un grito tremendo,
 y á su Madre una mirada
 lanzando de desconsuelo
 inclinó su frente herida
 y espiró.... ¡oh amor inmenso!

—
 Brota centelleante lluvia
 de rayos el firmamento,
 los truenos se precipitan

crugiendo con ronco estrépito,
 rajado vacila el mundo,
 se eriza el mar con estruendo,
 saltan á trozos los montes,
 rásgase el velo del templo,
 y para colmo de horror
 rompen sus tumbas los muertos.
 Y aquel gentío nefando
 que há poco ahullara blasfemo,
 pálido, despavorido,
 en tropel, sin tino y ciego,
 se lanza por la pendiente,
 abismos salvando y brezos,
 con el terror en el alma,
 erizados los cabellos,
 ante aquel fragor horrible
 gritando con sordo acento:
 —«Huyamos, ¡ay de nosotros!
 ¡ay de la ciudad y el templo!»

Ya solo en el fatal monte,
 del rayo al azul reflejo,
 se vé una muger que llora
 de Cristo cabe el madero,
 y un hombre inmóvil y mudo
 como fatídico espectro:
 son María y Juan que velan
 de Cristo los frios restos.
 Y en tanto serpeaba el rayo,
 y retumbaban los truenos,
 y se estrellaban las peñas
 botando con rudo estruendo,
 y ahullaban torvas las águilas
 y rebramaban los vientos....

—
 Al son de aquella tormenta
 despertóse el orbe entero,
 y el bátraco que imperaba
 soltó aterrado su cetro;
 brotó la luz de la vida
 de aquel choque de elementos,
 y la cruz antes infame
 de los reyes fué el trofeo.

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ.